

16º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 13,24-43.

En aquel tiempo, Jesús propuso está parábola a la gente:

-El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo:

-Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?

Él les dijo: -Un enemigo lo ha hecho.

Los criados le preguntaron: -¿Quieres que vayamos a arrancarla?

Pero él les respondió: -No, que podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega, y cuando llegue la siega diré a los segadores: -Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero.

[Les propuso esta otra parábola:

El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza que uno siembra en su huerta; aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un arbusto más alto que las hortalizas y vienen los pájaros a anidar en sus ramas.

Les dijo otra parábola:

El Reino de los Cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina y basta para que todo fermente.

Jesús expuso todo esto a la gente en parábolas y sin parábolas no les exponía nada. Así se cumplió el oráculo del profeta. «Abriré mi boca diciendo parábolas; anunciaré lo secreto desde la fundación del mundo.»

Luego dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle:

-Acláranos la parábola de la cizaña en el campo.

Él les contestó: -El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del Reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles.

Lo mismo que se arranca la cizaña y se quema, así será el fin del tiempo: el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su Reino a todos los corruptores y malvados y los arrojarán al horno encendido; allí será el llanto y el rechinar de dientes.

Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.]

TOLERANCIA Y FIRMEZA

A través de las tres parábolas del Evangelio de este domingo, el trigo y la cizaña, el grano de mostaza y la levadura Jesús trata de «mostrarnos el Reino de Dios que Él proclama». Son unas pinceladas muy gráficas para sugerir su comprensión. La construcción del Reino de Dios aquí en la tierra es la misión de Jesús, la misión que le encomienda el Padre y es, por tanto, el objeto de su predicación.

En la parábola del trigo y de la cizaña se nos describe un escenario que esboza con claridad el mundo en qué vivimos, el escenario en el que inevitablemente nos tenemos que mover. Y con esta parábola Jesús nos proporciona algunas de las «claves para afrontar con éxito el reto que supone vivir».

El mundo es el campo de la parábola. Y en el mundo, como en ese campo, observamos la presencia simultánea del bien y del mal. Una presencia no sólo simultánea, sino tan entrelazada y entretejida, que resulta difícil distinguirlos. Trigo y cizaña tienen las mismas apariencias y crecen tan juntos que no cabe arrancar la cizaña sin arrancar el trigo. Resulta pues, obligada su convivencia. Hay que «saber tolerar la presencia de la cizaña», la presencia del mal en el mundo.

Y es que no existe la persona absolutamente buena. Nadie es trigo limpio. Pero tampoco existe la persona absolutamente mala. «*Todos tenemos un fondo bueno*». Todos somos trigo y cizaña y «*la frontera entre el trigo y la cizaña está en nuestro propio corazón*».

Por eso no cabe rechazar a ningún hermano porque veamos en él la cizaña. Lo que sí cabe es «*hacer crecer su trigo para que sofoque la cizaña*». Muchas veces olvidamos que no somos todo trigo, olvidamos que nosotros también somos cizaña, y nos creemos en el derecho a segar lo que vemos de cizaña en los otros, creemos estar del lado de la razón y por ello en el derecho a imponer nuestros criterios. Olvidamos también que es difícil distinguir el trigo de la cizaña y sobre todo, olvidamos lo más importante, que «*detrás de la cizaña hay trigo*», mucho o poco, pero siempre hay trigo.

Por eso el dueño del campo corrige la «*impaciencia*» de sus criados que querían arrancar la cizaña cuanto antes y les hace «*esperar hasta la hora de la siega*». Pero es que además, «*ni somos nosotros los que sembramos, ni nosotros somos los que tenemos que segar*». Esto únicamente le corresponde a Dios Padre.

Y de la impaciencia surgen la intolerancia y las luchas porque cada uno creemos que la diferencia entre el trigo y la cizaña se mide según nuestro criterio. Nos cuesta darnos cuenta que «*todos*» somos producto de nuestra historia y de nuestras vivencias, y que conforme a toda esa experiencia, buena y no tan buena, nos hemos formado un criterio y una manera de pensar, de reaccionar y de comportarnos. Somos pues, «*personas únicas e irrepetibles*».

Es claro que nuestra manera de pensar y, sobre todo, de actuar habla mucho de quiénes realmente somos, pero eso no nos da derecho a juzgar a nadie, a cortar la cizaña. Jesús nos exige que seamos «*tolerantes con las personas*». Es conocida su frase «*No juzguéis y no seréis juzgados*». Podemos compartir nuestras realidades, intercambiar puntos de vista, vivir las mismas experiencias, pero al final, cada uno procesaremos de acuerdo con nuestra forma de ser, de nuestra personalidad, temperamento y carácter.

La tolerancia es una actitud de vida que tiene que ver con la «*humildad*» de la persona tolerante y que respeta la «*libertad del otro*». La tolerancia «*capacita para aceptar al otro*», no para destruirlo o eliminarlo. No obstante sería una equivocación «*soportar*» que el otro piense o actúe poniendo en juego la dignidad o la vida de un ser humano. En estas situaciones es un deber «*ser intolerante frente al mal*» y curiosamente, así fue la

actuación de Jesús que no permitió que nada ni nadie, ni siquiera la religión, se utilizara contra las personas.

Lo único que debe respetarse «*siempre*» es la persona. «*Si piensa así será por algo*. Y es que como decía San Agustín «*Sólo Dios conoce a los tuyos*». Sólo Él sabe quién vive con corazón entregado, quién responde a su deseo profundo de paz, amor y solidaridad con las personas.

Seríamos más felices y viviríamos más en paz y armonía si tuviésemos claro esto, que «*cada cabeza es un mundo digno de ser respetado*».

Y Jesús concluye hoy también, «*el que tenga oídos, que oiga*». ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
23 de julio de 2017

